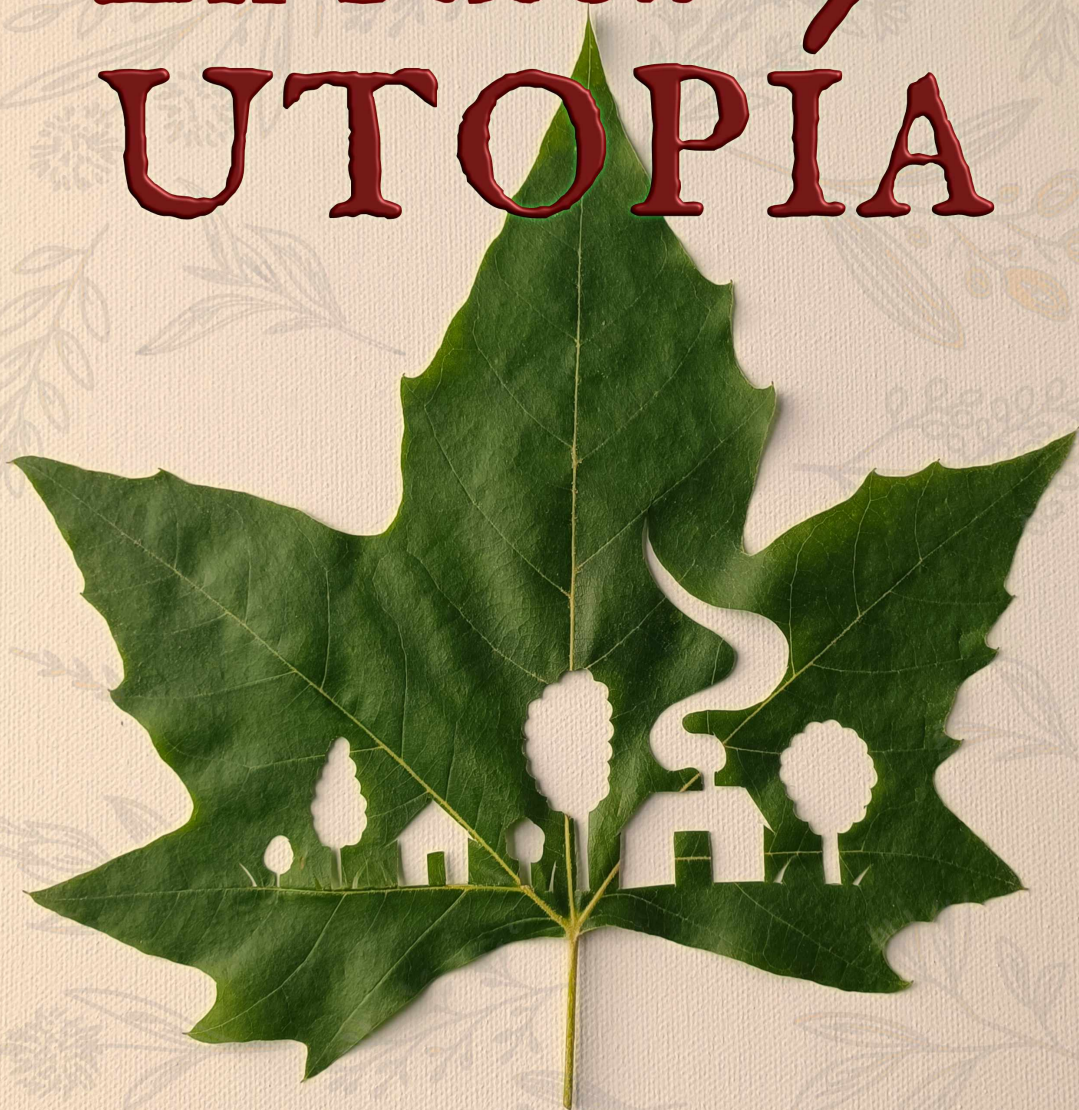


Un viaje en furgo por las **ecoaldeas** de España

En busca de la UTOPIÍA



Fran Zabaleta



Los Libros del Salvaie

En busca de la UTOPIÍA

Un viaje en furgo por las ecoaldeas de España

Fran Zabaleta

© Fran Zabaleta, 2022

Título

En busca de la utopía. Un viaje en furgo por las ecoaldeas de España

Primera edición: octubre 2022

Colección

Nómadas 3

Ilustraciones

Cubierta: Laura G. Loaisa

Imagen fondo cubiertas: Dung Tran en Pixabay

Mapas e ilustraciones interiores: Laura G. Loaisa

Editorial

Los Libros del Salvaje

Rúa Troncoso 4, 2º

36206 Vigo

ISBN: 978-84-123502-7-2

La editorial Los Libros del Salvaje está convencida de que el *copyright* estimula la creatividad, permite a los autores vivir dignamente de su esfuerzo y su trabajo, defiende la diversidad y es herramienta fundamental para que la cultura viva y se expanda. Por ello, te agradecemos que hayas comprado una edición autorizada de este libro y que respetes las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso expreso del autor y/o la editorial. Al hacerlo, respaldas a los creadores y permites que Los Libros del Salvaje siga publicando libros. Si deseas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, dirígete a CEDRO, el Centro Español de Derechos Repográficos: cedro.org.

ÍNDICE

PRÓLOGO. Esto no funciona	13
1. O COUSO (Samos, Lugo, Galicia)	25
2. LA VEREDA (Medrano, La Rioja)	67
3. ARTERRA BIZIMODU (Artieda, Navarra)	93
4. ARTOSILLA (Sabiñánigo, Huesca)	123
5. VALDEPIÉLAGOS (Comunidad de Madrid)	163
6. LAKABE (Artzibar, Navarra)	195
7. VALMAYOR DE CUESTA URRÍA (Merindad de Cuesta Urría, Burgos)	239
8. EL CALABACINO (Alájar, Huelva)	259
9. LOS PORTALES (Castilblanco de los Arroyos, Sevilla)	287
10. DE TIPILANDIA A PACHAMAMA (Valle de Ambroz, Cáceres - Alborache, Valencia)	331
11. BARCHEL (Chelva, Valencia)	367
12. PERMACULTURA LOS VÉLEZ Y SUNSEED DESERT TECHNOLOGY (Vélez-Blanco, Almería - Sorbas, Almería)	393
13. CORTIJO LOS BAÑOS AL-HAMÄM (Lucainena de las Torres, Almería)	415
EPÍLOGO. Construyendo la utopía	439
SOBRE MÍ	445
ANTES DE QUE TE VAYAS	447



PRÓLOGO

Esto no funciona

Tengo un amigo que es un tipo extraordinario. Biólogo de formación, músico, pintor y escritor, Juan tiene una mente insaciable, lúcida y bien alimentada por fuentes de lo más variado, siempre atenta y siempre en busca de respuestas. Quedar con él para tomar un café o una cerveza es una oportunidad magnífica para dejarse llevar por las ideas, la conversación viva y el placer del debate.

Pero Juan no es extraordinario por ese motivo: por alguna extraña y feliz conjunción cósmica, cuento con un buen puñado de amigos tan lúcidos, curiosos y bien informados como él con los que cualquier encuentro se convierte en una ocasión para indagar, confrontar ideas y diseccionar el mundo, y lo extraordinario se define como lo que está fuera de lo habitual.

No, lo que convierte a Juan en excepcional es su caótica generosidad, que lo lleva, entre otras cosas, a acoger a cualquiera que se cruce en su camino y que necesite de un refugio, ya sea para una noche o para unos meses. Cada vez que me paso por su casa me encuentro con alguien diferente: una mujer con problemas psicológicos que necesita un lugar para alejarse de todo unos días, un hombre de algún país del este que no tiene dónde dormir, un... Lo mejor de todo es que Juan no lo hace a propósito, ni siquiera considera que está acogiendo a gente con problemas. O sin ellos. Sencillamente, se cruza con personas que necesitan algo que él puede ofrecerles y lo demás surge de forma espontánea.

Pero Juan es extraordinario, además, por otro detalle que, de alguna forma, probablemente sin que él se lo haya planteado nunca, lo define, define su forma de estar en el mundo: pese a vivir en el centro de una ciudad, Vigo, nunca cierra la puerta. No me refiero a que no la cierre con llave, sino a que su puerta siempre está, literalmente, entornada. Un detalle tan nimio es en realidad la manifestación inconsciente de una filosofía de vida en la que la intimidad y la propiedad privada tienen un valor muy secundario y en la que prima la confianza y la generosidad. Sencillamente, tener la puerta abierta le parece lo más natural.

Esa puerta abierta y esa casa refugio están en la génesis de esta aventura.

Acababa de terminar la redacción de *Atravesando Galicia*, mi último libro de viaje, y me había propuesto tomarme una temporada de descanso, unos meses sin escribir para dejar que mi cabeza fuera llenándose de nuevos proyectos, cuando quedé a tomar una cerveza con Juan. No recuerdo por qué, en medio de la conversación surgió la cuestión de su puerta abierta. Una cosa llevó a otra y terminamos hablando de otras formas de vivir, de las experiencias que ambos hemos tenido relacionadas con lo que antes llamábamos comunas y ahora, de forma más precisa —por simple evolución natural—, ecoaldeas.

Cuando llegué a casa esa tarde, mi cabeza hervía. La conversación me había revuelto por dentro: había despertado antiguas ansias y sueños olvidados desde mis veinte años, cuando todo estaba por delante y el futuro era un inmenso territorio repleto de promesas.

La idea de vivir en comunidad siempre me ha atraído. Supongo que el ser uno más en una familia de ocho hermanos tendrá algo que ver, pero el caso es que desde niño me he sentido atraído por las personas que viven de forma diferente al resto, las que se salen de la norma y se aventuran por caminos no trillados.

Cuando era adolescente, en los turbulentos años finales de la década de 1970, de cuando en cuando veía por mi ciudad, Vigo, a unos cuantos seres vestidos con extrañas ropas que me despertaban una peculiar atracción. En mi pequeño mundo provinciano, lo único que sabía de ellos es que eran jipis, que vivían en una comuna en algún lugar de la sierra del Suído, no muy lejos de Vigo. Del

movimiento jipi, por entonces, no tenía más que cuatro ideas sacadas de la televisión posfranquista y de las conversaciones con los amigos que, en su mayoría, sabían tan poco como yo. Sin embargo, cada vez que los veía se me iba la mirada tras ellos, fascinado por el aura de libertad que los envolvía, por su aspecto tan poco convencional, por sus vidas tan al margen de los caminos tradicionales que mis padres esperaban que siguiera. Me los imaginaba libres y salvajes, ajenos a las obligaciones que la vida ponía ante mí, y más de una vez fantaseé con la idea de irme con ellos a vivir en el campo y dedicarme a cultivar un huerto sin preocuparme por el mundo ni el futuro, a disfrutar de la lectura a la sombra de cualquier añoso roble y a escribir libros de aventuras encaramado a la cima de cualquier montaña, con el horizonte infinito ofreciéndose ante mí. En fin, para qué te voy a engañar, la idea del amor libre, que, decían, era norma entre ellos, tampoco me resultaba desdeñable. Con ca-tor-ce años, aquello se me antojaba el paraíso.

En realidad, lo que me atraía no era tanto la vida en la naturaleza —aunque sí lo hiciera— como lo que las comunas tenían de empeño utópico: la posibilidad de seguir una senda diferente a la establecida, la sospecha de que la familia no era la única forma de organización social posible, ni mucho menos la más sana y recomendable, y de que el camino prefijado —estudiar una carrera y dedicarse a trabajar por un salario— no era necesariamente inevitable. La fascinación por una vida comunitaria en la que un grupo de personas vivieran en armonía, ayudándose mutuamente, sin competir entre ellas, siempre me pareció mucho más rica y natural que un mundo en el que la competencia, el consumo, la depredación y la propiedad privada son la norma.

Si buscar alternativas me parecía importante a finales de la década de 1970, hoy me parece una tarea tan urgente como imprescindible.

Vivimos tiempos duros, de insolidaridad, profundas desigualdades y pensamiento teledirigido. El estado del bienestar hace aguas por todos sus poros y el mito del progreso se desmorona. No son procesos nuevos, comenzaron allá por la década de 1980 de la mano de dos de los personajes más dañinos de la historia reciente —y mira que hay ejemplos donde elegir—, Ronald Reagan en Es-

tados Unidos y Margaret Thatcher en el Reino Unido. Ellos fueron los primeros que se emplearon a conciencia en desregular la actividad económica de las empresas, liberalizar la especulación financiera y reducir los impuestos a los más ricos. Sus principios eran claros, y se aplicaron a conciencia para imponerlos: Estado mínimo, mercado máximo. Neoliberalismo salvaje.

La doctrina neoliberal ha sido ferozmente perniciosa, tanto para la humanidad en su conjunto como para el medioambiente. Lo sigue siendo. Su premisa básica encubre un brutal individualismo y la más despiadada rapacidad, y ha provocado un incremento sin paragón de las desigualdades sociales, ha convertido en multimillonarios a una reducidísima minoría, provocado el empobrecimiento de amplias capas de la población —de la mano de contratos basura, reducción de derechos laborales, trabajos temporales y deslocalización de empresas— y ha terminado creando el caldo de cultivo necesario para la aparición de una sensación generalizada de impotencia y fracaso: nos ha llevado a convencernos de que los gobiernos, los partidos políticos y los sindicatos, incapaces de frenar la ofensiva neoliberal, no pueden ofrecernos alternativas. De ahí al resurgir de la extrema derecha hay un paso. Y ya lo hemos dado.

El neoliberalismo ha conseguido convencer a la mayor parte de la humanidad de que lo único importante es el beneficio, el enriquecimiento personal a costa de lo que sea. De quien sea. Ha podido el cerebro de millones de personas, haciéndolas renunciar a sus mejores instintos comunitarios y sustituyéndolos por un individualismo atroz: sálvese quien pueda.

Lo más irónico es que la doctrina neoliberal es una construcción teórica tan artificial como endeble, que jamás se ha sostenido por sí misma, pero que cumple su función: justificar la explotación ante los ojos de los explotados. Su principal premisa es tan simple como falaz: la «mano invisible del mercado», inventada por Adam Smith hace ya varios siglos. Los neoliberales aseguran que si el Estado deja de entrometerse en el funcionamiento de las grandes empresas, estas crearán tal riqueza que terminará desbordando e inundando todas las capas sociales, como si el dinero fuera el agua de una fuente que rebasa su depósito para regar los campos ad-

yacentes. Por eso, defienden, hay que desregular los mercados y eliminar las trabas a la creación de riqueza —el mero concepto es ya una trampa consciente, pues las palabras nunca son inocentes: ni siquiera los Estados más sociales de las democracias occidentales imponen trabas a la creación de riqueza, lo que hacen es tratar de poner trabas a la acumulación excesiva de riqueza—. Según ellos, el Estado debería dejar que los nuevos héroes contemporáneos, los emprendedores, hagan su trabajo sin molestas cortapisas estatales: ¿por qué tienen que pagar impuestos si son los que crean riqueza?, ¿por qué tiene nadie que decirles cuánto pagar a las trabajadoras y los trabajadores, o cuántas horas deben estos trabajar? ¡Que cada persona trabaje cuantas horas quiera, y que cada trabajador y cada trabajadora firme libremente el contrato que quiera, que ya se encargará el mercado, mediante la ley de la oferta y la demanda, de establecer salarios justos!

En fin. Sobra decir que esto no funciona. No ha funcionado nunca, de hecho: no ha funcionado para el conjunto de la sociedad, mejor dicho, porque obviamente sí lo ha hecho para una minoría cada vez más rica. La evidencia es tan abrumadora que resulta difícil creer que alguien con una mínima información siga hoy defendiendo tal tesis... salvo que lo haga sabiendo muy bien que es falsa. Que se trata solo de un engaño bien pergeñado para conseguir que los ricos sean cada vez más ricos y los demás nos aturdamos tanto luchando por sobrevivir que no prestemos atención al despojo global al que nos someten.

No solo no ha funcionado. En realidad, la doctrina neoliberal ha provocado justo lo contrario: tras cuarenta años de neoliberalismo rampante, la desigualdad es mayor que nunca. Peor todavía, cada vez que se desregula la actividad económica y financiera, tarde o temprano acaba estallando una crisis —ahí está la de 2008, sin ir más lejos— y entonces hasta los más fervorosos neoliberales corren a pedirle a papá Estado que cubra sus deudas y rescate sus bancos.

A pesar de su endeblez teórica, el neoliberalismo ha conseguido imponer sus dogmas, y de qué manera: ha convertido a millones de víctimas en fervorosas defensoras del mismo sistema

que las explota. Es como si los prisioneros de un campo de concentración defendieran a sus carceleros.

Pero el neoliberalismo, su hija predilecta la globalización y el sistema económico que los acoge, el capitalismo, han hecho mucho más: nos han convertido en consumidores compulsivos de miles de artefactos que no necesitamos, han esquilado los recursos naturales y han provocado una destrucción nunca vista del medioambiente. Mientras los ecosistemas están cada vez más arrasados y el planeta entero se va a la mierda de la mano del cambio climático, los Estados reaccionan volviéndose cada vez más autoritarios.

Dicho en pocas palabras: nuestro sistema de vida nos conduce a un callejón sin salida. Vivimos en un sistema que está a punto de colapsar.

Y lo malo es que no parece haber ninguna alternativa. Que esto es lo que hay.

Ante esta situación, ¿es posible vivir de otra manera, poner el acento en otros valores, llevar una vida más plena, comunitaria, igualitaria y satisfactoria, en armonía con nuestra naturaleza básica, esto es, con el ecosistema? ¿Hay opciones viables a este sistema económico, político y social en el que estamos inmersos?

No son preguntas retóricas: al contrario, la pandemia brutal que hemos vivido ha revitalizado estas cuestiones, ha hecho que cada vez más personas se planteen en serio la búsqueda de alternativas. Personas que anhelan una vida más sencilla, más integrada y natural. Personas hartas de vivir esclavizadas por horarios, jefes, exigencias y urgencias, hastiadas de la manipulación interesada de los medios, gente que desea volver al campo, recuperar el sentimiento de comunidad, romper con un sistema fallido y experimentar relaciones más sanas.

Pero una cuestión es imaginar y otra ver, palpar, tocar, analizar. Una cuestión es soñar y otra hacer.

¿Se puede vivir de una forma más justa y equilibrada?

Las utopías, por definición, no existen, pero la lucha por establecerlas deja huellas: cada intento por alcanzar una vida más igualitaria, consciente y plena nos acerca un poco más a esa utopía. Si el proletariado inglés de la Revolución Industrial no se hubiera organizado para mejorar sus condiciones de vida, hoy seguiríamos

trabajando dieciséis horas al día y ni soñaríamos con tener un mes de vacaciones pagadas. De hecho, en muchos lugares del mundo siguen sin tenerlas, y aun en nuestro orgulloso «primer mundo» — la simple expresión es ya toda una muestra de soberbia—, las condiciones laborales son cada vez peores.

Todas estas cuestiones bailaban en mi cabeza cuando volví a casa tras esa conversación con Juan de la que te hablaba al principio. Las comunas jipis setenteras, que no fueron sino intentos de vivir de otras formas, ¿seguían existiendo? ¿Quedaba alguna, habían sobrevivido —y, quizá, tenido éxito— o se habían unido a la larga lista de utopías fracasadas que acumula nuestra historia?

Inmediatamente, me puse a buscar información en internet. Durante días husmeé por la red y descubrí, con sorpresa, que muchas de las antiguas comunas no solo no habían desaparecido, sino que continuaban vivas y pujantes —aunque ahora las llamaran ecoaldeas— y que otras muchas habían surgido en los últimos años. Que ahí fuera, lejos de los medios de comunicación y del ruido de las ciudades, muchas personas valientes luchan a brazo partido por dar vida a sus propias utopías. Por buscar sus propias alternativas a un sistema económico y social impuesto en el que no se sienten a gusto. Por todo el territorio del país, en lugares habitualmente de difícil acceso, florecen experiencias innovadoras de lo más diverso: ecoaldeas y proyectos de vida que se gestionan de formas muy variadas, por lo general más comunitarias. Algunas llevan décadas y están muy asentadas, otras están en sus pasos iniciales, unas han ocupado y repoblado pueblos abandonados, otras han edificado viviendas ecológicas y se encargan de reforestar sus entornos...

En algún momento, durante esa búsqueda, comprendí que estaba atrapado. Que había llegado para mí el momento de dejar de soñar con otras vidas y lanzarme a la carretera para comprobar si, realmente, la utopía es posible. Visitar las ecoaldeas, indagar en las filosofías que las mueven, conocer su historia y su actualidad, averiguar qué se han dejado en el camino y que han encontrado en él.

Dos semanas después, a principios de junio de 2021, tras localizar una docena de ecoaldeas muy diferentes, ponerme en con-

tacto con ellas para explicarles mi propósito y solicitarles que me permitieran visitarlas, me subí a mi furgo, la Salvaje, y me puse en marcha.

Durante seis meses recorrí el país de norte a sur y de este a oeste, visité comunidades pequeñas y grandes, conocí experiencias exitosas y otras que luchan por sobrevivir, hablé con cientos de personas para indagar en sus motivaciones, aprendí un montón de conceptos nuevos, ayudé a construir casas de paja, corté leña, dormí en parajes profundamente hermosos, viví experiencias que me dejaron boquiabierto y me zambullí en un universo mucho, muchísimo más rico y variado de lo que nunca imaginé.

Cuando inicié este camino no sospechaba la amplitud del mundo que me iba a encontrar. No imaginaba que iba a conocer a tanta gente extraordinaria. Ni, mucho menos, que lo que iba a vivir acabaría por atraparme. Todos los viajes te cambian, siquiera un poquito, la vida, pero este hizo mucho más: me la volvió del revés. Consiguió que me replanteara muchísimas cosas y que tomara decisiones que ni imaginaba al partir.

Pero cada cosa a su tiempo.

Este libro es el resultado de ese viaje extraordinario. Cuando partí apenas sabía nada del mundo que me disponía a visitar. Era consciente de que esto podía ser una desventaja, pero esperaba que también fuera una oportunidad para observar y analizar sin ideas preconcebidas.

El camino fue apasionante: un viaje de aprendizaje y reflexión personal, un largo proceso durante el cual cuanto creía saber sobre las ecoaldeas fue deshilachándose ante lo que iba descubriendo. Muy a menudo tuve la sensación de ser un bebé que no comprende nada de lo que le rodea, pero que absorbe, que trata de balbucear sus primeras palabras, hacerse una idea de cómo funciona el mundo.

De todo eso te hablaré en estas páginas. En ellas te llevaré a los lugares que visité y te presentaré a muchas personas que viven vidas que se salen de la norma, te contaré cómo se organizan, cuáles son sus sueños y sus proyectos, cuáles sus éxitos y sus fracasos, y te hablaré por extenso del potente movimiento de las eco-aldeas, de sus filosofías, su organización y sus aspiraciones. Solo espero ser capaz de reflejar su profundidad mostrarte siquiera un atisbo de

esa carga vital de esperanza, ilusión y compromiso colectivo que lo impulsa. Cuando se rompen los férreos esquemas que nos cercan, ¿qué queda? Un universo limpio.

Ten en cuenta, eso sí, que lo que aquí cuento solo es una fotografía, un instante robado al tiempo, hecha en un momento preciso y desde una óptica concreta. Soy consciente de que resulta imposible condensar la experiencia vital de una ecoaldeas con cuarenta años a sus espaldas en una tarde o un par de días. Ni siquiera lo pretendo, lo que quiero es contarte mi propia experiencia en cada lugar, con la esperanza de que te sirva para acercarte a un mundo apasionante. Intentaré presentarte un panorama amplio, a vista de pájaro, de unas gentes que buscan transformar el mundo, crear uno nuevo más comunitario y solidario, más ecológico y consciente. Te presentaré a personas con un alto grado de sensibilidad ecológica y social, profundamente preocupadas por el mundo, por sus congéneres, y también personas que buscan en su interior, que tienen una necesidad íntima y profunda de espiritualidad.

Pero este libro es, sobre todo, un libro de viaje, y me gustaría que te lo tomaras como tal: el relato de mis experiencias y reflexiones durante los seis meses que duró mi periplo. No pretende ser un análisis exhaustivo y concienzudo de las ecoaldeas, no pretende catalogarlas ni ser una guía de viaje al estilo Lonely Planet, repleta de información práctica sobre dónde dormir o comer. Lo único que pretende es contar las experiencias y las reflexiones que brotaron del viaje. No quiero ofrecer respuestas porque no las tengo, porque sé desde hace tiempo que las cuestiones verdaderamente importantes no tienen respuestas. Aquí encontrarás hechos, conocerás a las personas que he conocido y ellas te contarán sus vidas como me las contaron a mí, entenderás un poco mejor de qué va esto de las ecoaldeas y situarás en el mapa experiencias alternativas rebosantes de vida.

Antes de empezar me gustaría advertirte de algo que deseo que tengas presente durante la lectura. Cuando empecé a escribir este libro me propuse no juzgar, limitarme a narrar lo vivido. Pero esa es una tarea imposible: siempre vemos el mundo desde una óptica, desde ese conjunto de ideas, conceptos aprendidos, sentimientos e intuiciones que forman nuestra personalidad. Así que he

terminado contándote mi opinión sobre esto y aquello, siempre, espero, desde el respeto y la cercanía.

Pero mis opiniones son solo mías. Tienen cabida aquí porque este no es un informe ni una guía de visita con pretensiones de imparcialidad, es solo un libro de viaje, un espacio en el que un autor, en este caso yo, te cuenta sus experiencias, sus reflexiones y sus impresiones sobre lo que ve y lo que vive, con la esperanza de que te ayuden a formarte tu propia idea de los lugares y las gentes que se encuentra en el camino. Un libro de viaje no es más que una búsqueda personal, tanto exterior como interior, un intento de poner la vida en palabras para comprenderla un poquito mejor.

Una cosa más. En un viaje de estas características conoces a muchísimas personas, mantienes muchas conversaciones y recibes muchísimos datos nuevos. En su transcurso grabé, siempre con permiso de las personas a las que entrevistaba, cientos de horas de audios, a veces en condiciones complicadas, para recordar lo que me contaban. Aun así, es muy posible que haya cometido errores, que confunda un nombre o atribuya una opinión a la persona equivocada. Espero que no sea el caso, pero los errores, me temo, son inevitables. Si los hay, son achacables solo a mí, y pido disculpas por anticipado a quienes se sientan interpelados.

Mi intención cuando inicié el viaje era tratar de comprobar hasta qué punto es posible hoy la utopía, hasta qué punto es posible crear experiencias de vida alternativa viables. Durante el trayecto enriquecí mi visión del mundo, entré en un universo insospechado y descubrí un movimiento con muchísima más profundidad de la que imaginaba. Y también encontré mi propia respuesta a la pregunta que plantea el título: ¿es posible la utopía?

Lo que espero, lo que realmente me encantaría, no es que tú llegues a la misma conclusión, ni siquiera que llegues a alguna conclusión. Lo que realmente me haría feliz es que este libro te sirva para lanzarte tú mismo a buscar tus respuestas.



Carteles en una pared de O Couso.

1

O Couso

Samos, Lugo, Galicia

Un nómada se agazapa en mis genes

Subo a la cabina de la furgó y me pongo el cinturón. Echo un vistazo atrás, a mi casa-caracol, para ver si todo está en orden: las claboyas cerradas, no hay objetos sueltos que puedan caerse, la ropa guardada, los cacharros de cocina almacenados de forma que se muevan lo menos posible. Todo en su lugar.

Cierro los ojos unos segundos. Una vez más, estoy a punto de partir. La Lagartija, mi anterior furgoneta, ha pasado a mejor vida —literalmente, pues su nuevo propietario es un tipo bastante más mañoso que yo y por lo que me cuenta le ha dado un buen repaso— y esta nueva furgó, la Salvaje, está recién salida del taller donde la han *camperizado*, convertido en vivienda. Mi nueva casa nómada, a punto de emprender su primer viaje largo.

No se me escapa la ironía de emprender un viaje en una furgó para descubrir los asentamientos ecoaldeanos del país, como si fuera un nómada del Paleolítico que siente curiosidad por ver cómo viven esos primeros locos que se establecen en aldeas y se dedican a cultivar el campo, allá por los inicios del Neolítico. La eterna oposición, nómadas versus sedentarios.

Dos semanas atrás no tenía ni la más remota idea de que me iba a poner en marcha. Imaginaba un verano tranquilo para recar-

garme las pilas, unas semanas de sol, algo de playa y muchos senderos por recorrer. Pero en el mismo momento en que se me ocurrió la idea de visitar las ecoaldeas, mis neuronas se dispararon.

No sospechaba hasta qué punto un momento de inspiración me iba a cambiar la vida.

Antes de que me diera cuenta de lo que hacía ya estaba buscando información, localizando experiencias, creando un mapa para situarlas, pensando en cómo establecer contacto con las personas que las impulsaban para ver si me recibirían o no. El simple hecho de poner en palabras las nebulosas ideas que flotaban en mi cerebro para explicarles por qué quería visitarlas dio cuerpo y sustancia al proyecto y lo convirtió en realidad.

Quince días más tarde, el domingo 13 de junio de 2021, me encuentro al volante una vez más, a punto de encender el contacto de la Salvaje.

Como cada vez que emprendo un nuevo viaje, me hormiguea la piel con una mezcla de expectación y nerviosismo. En este momento todo es futuro. No sé si encontraré lo que busco, si seré bien recibido, si conseguiré formarme una idea clara sobre el mundo que me dispongo a explorar. Lo único que sé es que el nómada que se agazapa en mis genes está expectante, conteniendo la respiración.

Me dirijo a Sarria, en Lugo. Muy cerca de esa localidad, en una zona montañosa vestida de prados y bosques, se encuentra Proyecto O Couso, la primera experiencia comunitaria que quiero visitar. Pero eso será el martes, pasado mañana. Hoy dormiré en Sarria y mañana dedicaré el día a documentarme. Todo esto ha sido tan repentino que apenas he tenido tiempo de buscar información sobre los lugares a los que me dirijo, y antes de llegar quiero hacerme una idea de lo que voy a encontrar.

—En marcha. —Enciendo el motor y enfilo la carretera nacional.

El nómada que se esconde en mí sonrío de oreja a oreja.